

Ojos borrados

Vicente Alfonso

Palabra, nosotros tratamos de advertirle. Yo le dije claro, “con todo respeto, mi sargento, a mí me parece que está en un error. ¿Por qué no habla con él? ¿Por qué cuando menos no se da una vuelta a semblantearlo?”. Chento González y yo sabíamos que nomás lo viera se iba a arrepentir. Pero órdenes son órdenes y lo hecho, hecho estaba. Para cuando el sargento llegó a la higuera, el cuerpo de Catalino Reyes, es decir del Cuatero, ya se mecía bajo las ramas por el chiflón que llegaba del río.

Me acuerdo de la primera vez que llegamos a Torreón. Decían que allí vivía. Apenas en llegandito comenzamos a preguntar por aquí y por allá, a registrar las casas, los patios, los graneros; nos topamos con que en los corrales no quedaban ni las gallinas. Parecía que los de Villa se habían llevado todo. Así son los de la bola. Avorazados, nomás. Buscamos tan bien que rajamos de punta a punta los sacos de frijol nomás pa cerciorarnos de que allí había grano y no alguien escondido; por todos lados levantábamos tablas, removíamos la tierra, preguntábamos. A mí siempre se me afiguraba que iba a estar difícil encontrar al Cuatero, porque no teníamos ni siquiera un retrato del hombre que buscábamos, y así pues cómo. En Parral alguien nos había dicho que era un hombre chaparrito, de ojos borrados como los del sargento, y que todos sus hijos salían gemelitos con ojos de gargajo, güeritos requemaos. Al menos ya teníamos esa pista.

En los meses siguientes no hubo ciudad, pueblo o ranchería que se nos cruzara donde no ocupáramos todo el día en buscar al Cuatero o su rastro de chamacos de ojos claros. Revisábamos hasta debajo de las piedras, y las gentes nos veían con cara de susto, nos pedían que no les hiciéramos nada, que agarráramos lo que quisiéramos y que nos fuéramos nomás. Y claro, a nosotros nos daban ganas de agarrar, porque a veces se halla uno a unas prietas rechulas y la cosa no es como para aguantarse. Pero mi sargento era muy estricto con eso y nos decía que anduviéramos al tiro, que al primero que se gozara una hembra sin permiso le iba a capar los güevos. De primero yo creía entender por qué, como que me afiguraba que el sargento no quería que nos diéramos nuestros gustos porque entre más huercos hubiera en cada pueblo más

difícil se ponía hallar a los hijos que el Cuatero iba dejando al paso. Luego fue cuando nos dijeron que no todos los gemelitos eran dél sino solamente los de ojos borrados, y entonces sí que no supimos qué pensar.

Alguien me platicó una vez que el asunto estaba en que el sargento nunca había conocido a su padre ni a su madre, que había crecido solo, que se lo habían llevado a Parral cuando era apenas un morrillo así, deste tamaño. Y allí como que empecé a entender por dónde iba la cosa: a lo mejor no dejaba que nos aprovecháramos porque no quería que hubiera por ahí más niños como él, que crecían sin saber dónde estaba su familia. Porque por ningún lado se veía que mi sargento tuviera alguien que le escribiera, que lo recibiera aunque fuera de pasada, nadie que lo esperara en ningún lado. Y sí que ha de estar cabrón eso de no saber de dónde es uno, ni hijo de quién, ni nada. Ahí sí que no puede estar más solo: ni de quién acordarse. Pero ya me distraje y no era eso lo que yo estaba contando, sino que en Torreón el sol pegaba duro y ahí mero era donde todo el mundo nos decía que el Cuatero estaba escondido.



Diego Rivera, *La nueva escuela*, 1923

En una de las pasadas por Torreón encontramos a un grupo de hombres en la Plaza de Armas, reunidos bajo los árboles, tomando sombra. Eran cinco o seis. Sin abajarse del caballo, el sargento preguntó si podían darle razón de Catalino Reyes. Ellos nomás se quedaron callados, con los ojos abiertos, mirando muy serios la cara del sargento.

—¿Lo conocen o no?, le dicen el Cuatero —les volvió a preguntar y los hombres seguían con sus caras de susto.

De repente se vían entrellos, como si en silencio quisieran ponerse de acuerdo sobre lo que iban a decir, sobre lo que tenían que contestar. Entonces el sargento soltó un chingazo recio, de ésos que él tira siempre con la culata del rifle, y de un solo trancadazo le abrió la cabeza a dos cristianos que cayeron al suelo sobándose. Los demás abajaron la vista de inmediato. Sin alzar la mirada, rehuendo los ojos verdosos del sargento, uno de los hombres dijo:

—Pos cómo no lo vamos a conocer, si el Cuatero es el hombre más hombre de por aquí.

Yo me afiguro que a ésos les hubiera ido mejor si no hubieran dicho nada, porque al final quedaron todos tirados, con los ojos abiertos y un tiro en la cabeza.

Así anduvimos meses y meses buscando al mentado Cuatero sin conocerlo, guiándonos apenas por lo que se decía, por las señas que nos daban y que casi siempre coincidían en los ojos borrados, por lo que siempre estábamos preguntando en los pueblos dónde había muje-

res que hubieran parido un parcito de chamacos de ojos verdes.

“Así va estar difícil”, dijo al fin el sargento, “cuando nacen los chamacos el Cuatero ya puede andar muy lejos”. Fue entonces cuando comenzamos a rajarle la panza a las preñadas como antes lo habíamos hecho con los costales de frijol. Abríamos primero a las más gordas para ver si traían doble carga. “Así ganamos tiempo, así nos acercamos más”.

Un día, en una de las pasadas que teníamos por Torreón, Chento González oyó que una mujer había parido cuates por el rumbo del río. Preguntando, preguntando, llegamos a la casa. Nos detuvimos bajo un mezquite grande. Cateamos la casa pero no había nadie. Era de verse que habían corrido, porque dejaron los frijoles en la lumbre. Estábamos por irnos pero nos asomamos al granero. Ái lo vimos: nunca se me va a olvidar la cara del hombre: primero se quedó así nomás, en cuclillas, abrazando a dos chamacos igualitos. Chento y yo nos enfretamos a seis ojillos borrados cuajados de espanto.

Era increíble. No supimos qué hacer, y a lo mejor no hubiéramos hecho nada, pero el hombre quiso salir corriendo y le pasó lo que a las liebres cuando no las ha visto uno y ellas solas se delatan brincando de las matas a la hora que menos deben. Así que cuando lo tuvimos en el suelo, él reconoció que era el Cuatero “Soy Catalino Reyes”, dijo. Lo amarramos. Le pedí al Chento que se pusiera al tiro nomás, que no lo perdiera de vista ni un segundo mientras yo iba a avisarle al sargento. Porque el sargento tenía que verlo antes que hiciéramos cualquier cosa.

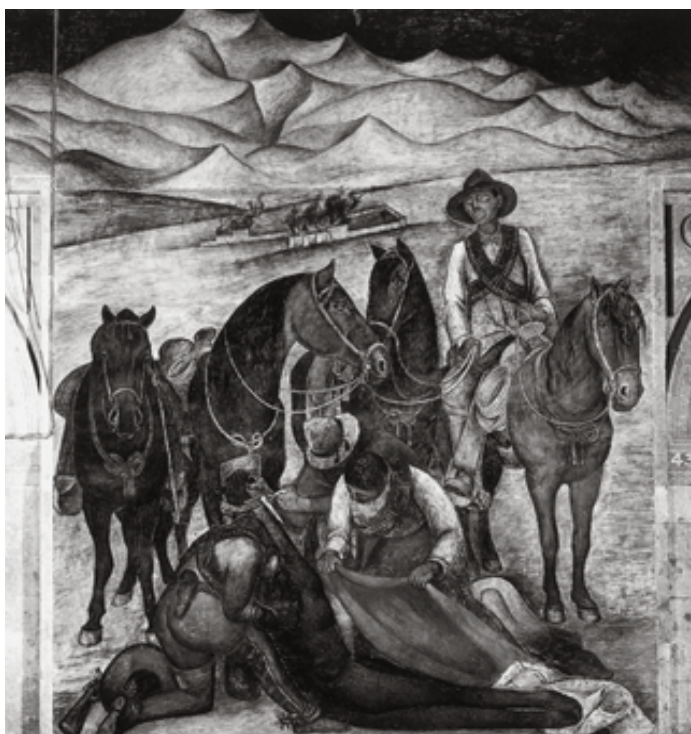
—¿Lo hallaron? Qué bueno. Traíganme el cuerpo —dijo.

—Hay una cosa, mi sargento. Lo tenemos vivo todavía.

—¿Vivo? —preguntó—. ¿Y qué carajo esperan? Cuélguenlo de una vez y luego me lo traen.

—Con el debido respeto, mi sargento, yo creo que es un error. ¿Por qué no lo ve antes? Vaya nomás.

El sargento insistió, si no lo ajusticiábamos en caliente los colgados íbamos a ser nosotros. Yo la mera verdad me sentí mal. Palabra que muy mal. Porque fue como si le pusiera un lazo al sargento y se lo ajustara al gáznate mientras Chento lo detenía para que no se moviera. Una vez en el aire, bajo la sombra del mezquite grande, su cuerpo se fue relajando: las piernas vencidas, los brazos flojos, los hombros caídos. Sus ojos borrados estaban muy abiertos y como que se fueron apagando poco a poco. Y se quedó así colgado, mientras del río llegaba un aironazo. [1]



Diego Rivera, *La liberación del peón*, 1923

Vicente Alfonso (Torreón, 1977) ha publicado el libro de relatos *El síndrome de Esquilo* (Ficticia, 2007) y la novela *Partitura para mujer muerta* (Mondadori, 2008).